

alguna otra deformidad, podian mirarse como rarezas de su especie. Vanidad ciertamente provechosa, pues aseguraba la subsistencia de tantos miserables, y los preservaba de los crueles insultos de los otros hombres.

En todos sus palacios tenia hermosísimos jardines, donde crecian las flores mas preciosas, las yerbas mas fragantes, y las plantas de que se hacia uso en la medicina. Tambien tenia bosques, rodeados de tapias y llenos de animales, en cuya caza se solia divertir. Uno de estos bosques era una isla del lago, conocida actualmente por los españoles con el nombre de *Peñon*.

De todas estas preciosidades no quedaba mas que el bosque de Chapoltepec, que los vireyes españoles han conservado para su recreo; todo lo demás fué destruido por los conquistadores. Arruinaron los magníficos edificios de la antigüedad mexicana, ya por un celo indiscreto de religion, ya por venganza, ya en fin para servirse de los materiales. Abandonaron el cultivo de los jardines reales, abatieron los bosques, y redujeron á tal estado aquel pais, que hoy no se podria creer la opulencia de sus reyes, si no constase por el testimonio de los mismos que la aniquilaron.

Tanto los palacios como los otros sitios de recreo, se tenian siempre con la mayor limpieza, aun aquellos á los que nunca iba Moteuczoma; pues no habia cosa en que tanto se esmerase, como en el aseo de su persona, y de todo lo que le pertenecia. Bañábase cada dia, y para esto tenia baños en todos sus palacios. Cada dia se mudaba cuatro veces de ropa, y la que una vez le servia no volvía, á servirle mas, sino que la regalaba á los nobles y á los soldados que se distinguian en la guerra. Empleaba diariamente, segun dicen los historiadores, mas de mil hombres en barrer las calles de la ciudad. En una de las casas reales habia una gran armería, donde se guardaban toda especie de armas ofensivas y defensivas, las insignias y adornos militares usados en aquellos pueblos. En la construccion de estos

objetos empleaba un número increíble de operarios. Para otros trabajos tenia plateros, artifices de mosaico, escultores, pintores y otros. Habia un distrito entero habitado por bailarines destinados á su diversion.

aquí me quedé de
LO BUENO Y LO MALO DE MOTEUCZOMA.

Su celo por la religion no era inferior á su lujo y magnificencia. Edificó muchos templos á sus dioses, y les mandaba hacer frecuentes sacrificios, observando escrupulosamente los ritos y las ceremonias establecidas. Cuidaba mucho de que los templos, y especialmente el principal de México, estuviesen bien servidos, y sumamente aseados; pero envilecia su ánimo el vano temor de los agüeros, y de los supuestos oráculos de aquellas falsas divinidades. Celaba con esmero la observancia de sus mandatos, y la ejecucion de las leyes del reino, y era inexorable en el castigo de los trasgresores. Tentaba á veces, por medio de otra persona y con regalos, la codicia de los jueces; y si hallaba á alguno culpable, lo castigaba irremisiblemente, aunque fuese de la mas alta nobleza.

Era implacable enemigo del ocio; y para estirparlo, en cuanto fuese posible en sus estados, procuraba tener siempre ocupados á sus súbditos: á los militares, en continuos ejercicios de guerra; á los otros en el cultivo de los campos, en las construccion de nuevos edificios y de otras obras públicas: aun á los mendigos, á fin de darles ocupacion, les impuso el deber de contribuir con cierta cantidad de aquellos inmundos insectos, que son los productos del desaseo, y los compañeros de la miseria. Esta opresion en que tenia á los pueblos, los inmensos tributos que les habia impuesto, su altanería, su orgullo, y su extraordinaria severidad en castigar las mas pequeñas faltas, producian general descontento en toda clase de habitantes; mas por otro lado sabia atraerse su afecto, socorriendo generosamente sus necesidades, y recompensando con profusion á los que lo servian. Un rasgo, que merece los mayo-

res elogios, y que deberia ser imitado por todos los príncipes, fué el destino que dió á la ciudad de Colhuacan, convirtiéndola en hospital de inválidos, para todos aquellos que, despues de haber servido fielmente á la corona en las empleos militares y políticos, necesitaban asistencia y esmero, sea por su edad, sea por sus achaques. Allí, á espensas del real erario, eran curados y asistidos. Tales eran las cualidades buenas y malas del célebre Moteuczoma, y de ellas me ha parecido oportuno dar alguna idea al lector, ántes de presentarle la serie de sus sucesos.

Al principio de su reinado mandó dar muerte é Malinalli, señor de Tlachquiauhco, por haberse rebelado contra la corona de México: volvió á someter aquel estado, y conquistó el de Achiotlan. De allí á poco estalló otra guerra mas grave y mas peligrosa, cuyo éxito no fué tan feliz para sus armas.

GUERRA DE TLAXCALA.

En medio de tantas provincias sometidas á los Mexicanos, por la fuerza de las armas las unas, y las otras por miedo de su poderío, la república de Tlaxcala se habia conservado firme, sin doblar el cuello á su yugo, á pesar de estar tan poco distante de la capital de aquel imperio. Los Huexotzingos, los Cholultecas, y otros estados vecinos, que habian sido aliados de aquella república, envidiosos de su prosperidad, habian irritado contra ella á los Mexicanos, bajo el pretexto de que los Tlaxcaltecas querian apoderarse de las provincias marítimas del seno, y de que por medio de su comercio con ellas, aumentaban continuamente su poder y su riqueza, procurando seducir á los habitantes, para ponerlos bajo su dominio. Este comercio, de que se quejaban los descontentos, estaba justificado por la necesidad; pues ademas de ser los pobladores de aquellas provincias originarios de Tlaxcala, y reputarse parientes de los Tlaxcaltecas, estos no podian proveerse en otros puntos del algodón, del cacao, y de la sal de que carecian. Sin embargo, de tal manera exasperaron el ánimo de los Mexicanos las representaciones

de los Huexotzingos y de los otros rivales de Tlaxcala, que empezando por Moteuczoma I, todos los reyes de México trataron á los Tlaxcaltecas como á los mayores enemigos de su corona, y pusieron fuertes guarniciones en la frontera de aquella república, para impedir su comercio con las provincias.

Los Tlaxcaltecas, viéndose privados de la libertad del tráfico, y por consiguiente de las cosas necesarias á la vida, determinaron enviar una embajada á la nobleza mexicana (probablemente en el tiempo de Axayacatl), quejándose del daño que les hacian las sinistras noticias de sus rivales. Los Mexicanos, ensoberbecidos con su prosperidad, respondieron que el rey de México era señor universal del mundo, y todos los mortales eran sus vasallos, y como tales, los Tlaxcaltecas debian prestarle obediencia, y pagarle tributo á ejemplo de las otras naciones; pero que si se rehusaban á someterse, perecerian sin remision, sus ciudades serian arruinadas, y su pais habitado por otras gentes. A respuesta tan arrogante y tan insensata, contestaron los embajadores con estas animosas palabras: "Poderosísimos señores, los Tlaxcaltecas no os deben tributo alguno, ni lo han pagado jamas á ningun príncipe, desde que sus antepasados salieron de los paises setentrionales para habitar estas regiones. Siempre han vivido en el goce de su libertad; y no estando acostumbrados á esa esclavitud á que pretendéis reducirlos, léjos de ceder á vuestro poderío, derramarán mas sangre que la que vertieron sus mayores en la famosa batalla de Poyauhtlan."

Los Tlaxcaltecas, afligidos por las ambiciosas pretensiones de los Mexicanos, y perdida toda esperanza de reducirlos á aceptar condiciones moderadas, pensaron en fortificar mas sus fronteras para impedir una invasion. Ya habian circundado las tierras de la república con grandes fosos, y colocado fuertes guarniciones en la raya; pero con las nuevas amenazas de los Mexicanos, aumentaron el número de las fortalezas, doblaron el de las tropas que las guarnecian, y fabricaron aquella famosa muralla de seis mi-

llas de largo, que impedía la entrada á su territorio por parte de Oriente, donde era mayor el peligro. Muchas veces fueron atacados por los Huexotzingos, por los Cholultecas, por los Iztocanenses, por los Tecamachalcos, y por otros estados vecinos, ó poco distantes de Tlaxcala; mas todos ellos no pudieron conquistar un palmo de tierra de la república: tal era la vigilancia de los Tlaxcaltecas, y el valor con que hacían frente á los invasores.

Habíanse entre tanto acogido á su territorio muchos vasallos de la corona de México, especialmente Chalqueses y Otomites de Xaltocan, que se salvaron de las ruinas de sus ciudades en las guerras anteriores. Estos aborrecían de muerte á los Mexicanos, por los males que de ellos habían recibido; por lo que los Tlaxcaltecas vieron en ellos los hombres mas aptos para oponerse á las tentativas de sus enemigos. No se engañaron; pues en efecto, la mayor resistencia que hallaron los Mexicanos, fué la que les hicieron aquellos prófugos, especialmente los Otomites, que eran los que guarnecieron las fronteras, y que por los grandes servicios que hacían á la república, fueron por ella magníficamente recompensados.

Durante los reinados de Axayacatl y de sus sucesores, los Tlaxcaltecas estuvieron privados de todo comercio con las provincias marítimas; de lo que resultó tal escasez de sal, que los habitantes se acostumbraron á comer los manjares sin aquel condimento, y no volvieron á usarlo hasta muchos años despues de la conquista de los españoles. Pero los nobles, ó á lo ménos algunos de ellos, tenían correspondencia secreta con los Mexicanos, y por su medio se proveían de todo lo necesario, sin que llegase esto á noticia de la plebe de una ni otra ciudad. Nadie ignora que en las calamidades generales, los pobres son los que soportan todo el peso de la tribulación, mientras los ricos saben hallar medios de evitarla, ó cuando ménos de mitigar su rigor.

Moteuczoma entre tanto, no pudiendo

sufrir que la pequeña república de Tlaxcala le negase la obediencia y la adoración, que le tributaban tantos pueblos, aun de los mas remotos de su capital, mandó al principio de su reinado que los estados vecinos á los Tlaxcaltecas alistasen tropas, y atacasen por todas partes aquella república. Los Huexotzingos, confederados con los Cholultecas, pusieron sus fuerzas bajo el mando de Tecayahuatzin, gefe del estado de Huexotzingo; y este, prefiriendo por entonces la astucia á la fuerza, procuró con dones y promesas, atraer á su partido á los habitantes de Hueyetlipan, ciudad de la república, situada en la frontera del reino de Acolhuacan, y á los Otomites, que guardaban los otros puntos de la raya. Ni unos ni otros cedieron á sus halagos, antes bien protestaron que estaban dispuestos á morir en defensa de la república. Los Huexotzingos, viéndose ya en el caso de echar mano de la fuerza, entraron con tanto ímpetu en las tierras de Tlaxcala, que no bastando á detenerlos las guarniciones de la frontera, llegaron, haciendo grandes estragos, hasta Xiloxochitla, pueblo distante solo tres millas de la capital. Allí les hizo gran resistencia Tizaltlacatzin, célebre caudillo tlaxcalteca; mas al fin murió, oprimido por la muchedumbre de sus enemigos, los cuales, á pesar de hallarse tan cerca de la capital, tuvieron miedo de la venganza de los Tlaxcaltecas, y volvieron precipitadamente á sus territorios. Este fué el origen de las continuas batallas y hostilidades que hubo entre aquellos pueblos, hasta la llegada de los españoles. La historia no dice si en la ocasion de que vamos hablando, tomaron parte en la guerra los otros estados vecinos á Tlaxcala: quizás los Huexotzingos y los Cholultecas no les permitieron participar de su gloria.

Los Tlaxcaltecas quedaron tan exasperados contra los Huexotzingos, que no queriendo ya limitarse á la defensa del estado, pasaron muchas veces las fronteras, y atacaron á los enemigos en su propio territorio. Una vez los acometieron por las

faldas de los montes que están al Occidente de Huexotzinco (1), y de tal modo los apretaron, que no pudiendo resistirles los Huexotzingos, pidieron socorro á Moteuczoma, el cual les envió un numeroso ejército, al mando de su hijo primogénito. Estas tropas marcharon por la falda meridional del volcan de Popocatepec, donde se les agregaron las de Chiektan y de Itzocan, y de allí por Cuauquecholan entraron en el valle de Atlixco. Los Tlaxcaltecas, enterados del camino que habían tomado sus enemigos, determinaron hacerles una diversion, y atacarlos por retaguardia antes que se uniesen con los Huexotzingos. Fué tan impetuosa su arremetida, que los Mexicanos sufrieron una derrota completa, y aprovechándose de su desorden los Tlaxcaltecas, hicieron en ellos sangrientísimo estrago. Cayó entre los muertos el príncipe general en gefe, á quien se había conferido aquel cargo mas bien en consideración á su alto carácter, que por su pericia en el arte de la guerra. Los restos del ejército huyeron, y los vencedores, cargados de despojos, regresaron á Tlaxcala. Es de estrañar que no se dirigiesen inmediatamente á Huexotzinco, pues debían esperar que no fuese larga su resistencia; pero quizás no fué tan completa la victoria, que no espermentasen tambien ellos una pérdida considerable, y tendrían por mas conveniente ir á gozar los frutos de su triunfo, para entrar despues con mayores fuerzas en campaña. Volvieron en efecto; pero fueron rechazados por los Huexotzingos, que se habían fortificado, y regresaron á Tlaxcala sin otra ventaja, que la de haber hecho grandes daños en los campos de los enemigos; lo que les ocasionó tan gran escasez de víveres, que les fué preciso pedir socorros á los Mexicanos y á otros pueblos.

Moteuczoma se apesadumbró, como debía, por la muerte de su hijo, y por la pérdida de sus tropas: deseoso pues de tomar ven-

ganza, hizo apercebir otro ejército en las provincias vecinas á Tlaxcala, para bloquear toda la república; pero los Tlaxcaltecas, previendo lo que iba á suceder, se habían fortificado estraordinariamente, y aumentado las guarniciones. Combatióse vigorosamente por una y otra parte; pero al fin las tropas reales fueron rechazadas, dejando considerables riquezas en manos de sus enemigos. La república celebró con grandes regocijos estas prosperidades, y remuneró á los Otomites, á quienes principalmente se debían, confiriendo á los mas distinguidos de entre ellos la dignidad de Texctli, que era la mas alta del estado, y dando á los gefes de aquella nacion las hijas de los mas nobles Tlaxcaltecas.

No hay duda que si el rey de México se hubiera empeñado seriamente en aquella lucha, hubiera al cabo sometido los Tlaxcaltecas á su corona; porque aunque la república tenía grandes fuerzas, tropas aguerridas, y fronteras bien guardadas, su poder era muy inferior al de los Mexicanos. Por lo que me parece verosímil lo que dicen los historiadores, á saber: que los reyes de México dejaron con toda intencion subsistir aquel estado rival, distante apenas sesenta millas de su capital, tanto para tener frecuentes ocasiones de ejercitar sus tropas, como tambien, y principalmente, para proporcionarse los prisioneros necesarios á sus sacrificios. Uno y otro objeto conseguían en los frecuentes ataques que daban á los pueblos de Tlaxcala.

TLAHUICOLE, FAMOSO GENERAL DE LOS TLAXCALTECAS.

Entre las víctimas tlaxcaltecas, es memorable en las historias de aquel pais un famosísimo general llamado *Tlahuicole* (1), en quien no se sabía si era mas admirable el denuedo de su ánimo, que la fuerza estraordinaria de su cuerpo. El *macuahuitl*,

(1) La ciudad de Huexotzinco no estaba entonces donde hoy se halla la del mismo nombre, sino mas á Poniente.

(1) El suceso de Tlahuicole ocurrió verosímilmente en los últimos años del reinado de Moteuczoma; pero me ha parecido conveniente anticiparlo por la relacion que tiene con la guerra de Tlaxcala.

ó espada mexicana con que combatia, era tan pesada, que apenas podia alzarla del suelo un hombre de fuerzas ordinarias. Su nombre era el terror de los enemigos de la república, y todos huían, donde quiera que lo veían parecer con su formidable armamento. Este, pues, en un asalto que dieron los Huexotzingos á una guarnicion de Otomites, se empeñó incautamente, en el calor de la accion, en un sitio pantanoso, de donde no pudiendo salir con la prontitud que queria, fué hecho prisionero, encerrado en una fuerte jaula, y de allí llevado á México y presentado á Moteuczoma. Este monarca, que sabia apreciar el mérito, aun en sus enemigos, en vez de darle muerte, le concedió generosamente la libertad de volver á su patria; pero el arrogante Tlaxcalteca no quiso aceptar aquella gracia, bajo el pretexto de no osar presentarse ante sus compatriotas cubierto de ignominia. Dijo que queria morir, como los otros prisioneros, en honor de sus dioses. Moteuczoma, viéndolo tan resuelto á no volver á su patria, y no queriendo privar al mundo de un hombre tan célebre, lo tuvo entretenido en su corte, con la esperanza de hacerlo amigo de los Mexicanos, y de emplear sus servicios en bien de la corona. Entre tanto se encendió la guerra con los de Michuacan, cuyas causas y pormenores ignoramos enteramente, y el rey encargó á Tlahuicole el mando de las tropas que envió á Tlaximaloyan, frontera, como ya he dicho, de aquel reino. Tlahuicole correspondió á la confianza que habia merecido; y no habiendo podido desalojar á los Michuacanos del sitio en que se habian fortificado, hizo muchos prisioneros, y les tomó gran cantidad de oro y plata. Moteuczoma apreció sus servicios, y volvió á concederle la libertad; pero rehusándola él, como ántes habia hecho, le ofreció el rey el alto empleo de Tlacatecatl, ó sea general de los ejércitos mexicanos. A esto respondió el valiente republicano que no queria ser traidor á su patria, y que queria absolutamente morir, con tal que fuese en el sacrificio gladiatorio, que, como destinado á los pri-

sioneros de mas nota, le seria mucho mas honroso que el ordinario. Tres años vivió aquel general en México, con una de sus mugeres que habia ido á Tlaxcala á reunirsele, y es de creer que los Mexicanos proporcionasen esta union, á fin de que les dejase una gloriosa posteridad, que ennobleciese con sus hazañas la corte y el reino de México. Finalmente, viendo el rey la obstinacion con que rehusaba todos los partidos que se le ofrecian, condescendió con su bárbaro deseo, y señaló el dia del sacrificio. Ocho dias ántes empezaron los Mexicanos á celebrarlo con bailes: cumplido aquel término, en presencia del rey, de la nobleza y de una gran muchedumbre del pueblo, pusieron al prisionero tlaxcalteca atado por un pié en el *temalacatl*, que era una piedra grande y redonda en que se hacian aquellos sacrificios. Salieron uno á uno para combatir con él, muchos hombres animosos, de los que mató, segun dicen ocho, é hirió á veinte; hasta que cayendo medio muerto en tierra de un golpe que recibió en la cabeza, fué llevado ante el ídolo Huitzilopochtli, y allí le abrieron el pecho, le sacaron el corazon los sacerdotes, y precipitaron el cadáver por las escaleras del templo segun el rito establecido. Así terminó sus dias aquel valiente general, cuyo valor y fidelidad á su patria, lo hubieran elevado á la clase de héroe, si lo hubieran dirigido las luces de la religion.

HAMBRE EN LAS PROVINCIAS DEL IMPERIO,
Y OBRAS PUBLICAS EN LA CORTE.

Miéntas se hacia la guerra con los Tlaxcaltecas, se padeció hambre en algunas provincias del imperio, ocasionada por la sequedad de los años anteriores. Consumido todo el grano que tenían los particulares, tuvo ocasion Moteuczoma de ejercer su liberalidad: abrió sus graneros, y distribuyó entre sus súbditos todo el maíz que contenian; mas no bastando este á remediar su necesidad, permitió, á imitacion de Moteuczoma I, que fuesen á otros países á proporcionarse lo necesario para vivir. El año siguiente, que era el de 1505, habiendo habido una

cosecha abundante, salieron los Mexicanos á la guerra contra Cuauhtemallan, provincia distante mas de novecientas millas de México hácia el Sudeste. Miéntas se hacia esta guerra, ocasionada probablemente por alguna hostilidad cometida por los Cuauhtemaltecos contra los súbditos de la corona, se terminó en México la fábrica de un templo erigido en honor de la diosa Centeotl, cuya solemne dedicacion fué celebrada con el sacrificio de los prisioneros hechos en la guerra.

Habian por aquel tiempo los Mexicanos ensanchado el camino que iba sobre el lago de Chapoltepec á México, y reconstruido el acueducto que en el mismo camino habia; pero la alegría que ocasionó la terminacion de aquellas obras, se turbó con el incendio de la torre de un alto templo llamado *zomolli*, de resultas de un rayo que cayó en ella. Los habitantes de la parte de la ciudad remota del templo, y particularmente los Tlatelolecos, no habiendo tenido noticia del rayo, se persuadieron que el incendio habia sido escitado por algunos enemigos que habian llegado repentinamente á la ciudad; por lo que se armaron para defenderla, y acudieron en tropel al templo. Tanto indignó á Moteuczoma aquella inquietud, atribuyéndola á un mero pretexto de los Tlatelolecos para promover una sedicion, (pues siempre estaba desconfiando de ellos), que los privó de los empleos públicos que servian, y aun les prohibió que se presentasen en la corte, no bastando á disuadirlo de aquella resolucion, ni las protestas que hicieron de su inocencia, ni los ruegos con que imploraban la clemencia real; pero cuando se apaciguó áquel primer ímpetu de su cólera, los restituyó á sus empleos y á su gracia.

de que me que de
NUEVAS REVUELTAS.

Entre tanto se rebelaron contra la corona los Mixtecas y los Zapotecas. Los principales gefes de la rebelion, en que tomaron parte los nobles de ambas naciones, fueron Cetecpatl, señor de Coaixtlahuacan y Nahuixochitl, señor de Tzotzollan. Antes de

todo mataron á traicion á todos los Mexicanos que estaban en las guarniciones de Huagyacac y de otros puntos. Cuando Moteuczoma tuvo noticia de estos sucesos, mandó contra ellos un grueso ejército, compuesto de Mexicanos, Texcocanos y Tepanecas, bajo las órdenes del príncipe Cuitlahuac, su hermano, y sucesor á la corona. Los rebeldes fueron prontamente vencidos, muchísimos de ellos hechos prisioneros con sus gefes, y saqueada su ciudad. El ejército volvió á México cargado de despojos: los cautivos fueron sacrificados, y el estado de Tzotzollan fué dado á Cozacauhtli, hermano de Nahuixochitl, por haber sido fiel al rey, anteponiendo la obligación de súbdito á los vínculos de la sangre; pero se difirió el sacrificio de Cetecpatl, hasta que hubo descubierto los cómplices de su crimen, y los designios de los rebeldes.

DISENSION ENTRE HUEXOTZINGOS Y CHOLULTECAS.

Poco tiempo despues de esta expedicion, se suscitó una reyerta entre los Huexotzingos y los Cholultecas, sus amigos y vecinos, no sé por qué causa, y remitiendo la decision á las armas, se dieron una batalla campal. Los Cholultecas, como mas prácticos en el ejercicio de la religion, del comercio y de las artes, que en el de la guerra, fueron vencidos y obligados á retirarse á su ciudad, á donde sus enemigos los persiguieron, matándoles mucha gente, y quemándoles algunas casas. Apenas consiguieron este triunfo los Huexotzingos, cuando se arrepintieron amargamente, temerosos del castigo que les amenazaba. Para evitarlo, enviaron á Moteuczoma dos personas de carácter, llamadas *Tolimpanecatl* y *Tzoncoztl*, procurando justificarse, é inculpar á los Cholultecas. Los embajadores, ó por exaltar el valor de sus compatriotas, ó por otro motivo que ignoro, exageraron de tal modo la pérdida de los Cholultecas, que hicieron creer al rey que todos habian perecido, y que los pocos que se habian salvado habian abandonado

la ciudad. Moteuczoma, al oír estos portomenores, se afligió extraordinariamente, y temió la venganza del dios Quetzalcoatl, cuyo santuario, que era de los más célebres y reverenciado de todo aquel país, creía profanado por los Huexotzingos. Habiéndose aconsejado con los dos reyes aliados, mandó á Cholullan algunos personajes de su corte, para informarse exactamente de todo lo que habia ocurrido: noticioso de que los embajadores le habian exagerado la verdad, se encolerizó de tal modo por este engaño, que sin detenerse, despachó á Huexotzinco un ejército, mandando al general que castigase severamente á los habitantes, si no le daban la debida satisfaccion. Los Huexotzingos, previendo la tempestad que iba á descargar sobre ellos, salieron ordenados en forma de batalla á recibir á los Mexicanos, cuyo general se adelantó y les espuso en estos términos la comision que llevaba: "Nuestro señor Moteuczoma, que tiene su corte en medio de las aguas, Nezahualpilli, que manda en las orillas del lago, y Totoquihuatzin, que reina al pié de los montes, me mandan deciros que han sabido por vuestros embajadores la ruina de Cholullan, y la muerte de sus habitantes, que esta noticia los ha penetrado de dolor, y que se creen obligados á vengar tamaño atentado contra el venerable santuario de Quetzalcoatl." Los Huexotzingos respondieron que aquella noticia habia sido muy exagerada; pero que la ciudad no tenia la culpa de la propagacion de la mentira, y en prueba de ello se ofrecieron á satisfacer á los tres reyes con el castigo de los culpables. Hicieron conducir en seguida á los embajadores, y los entregaron al general, despues de haberles cortado las orejas y las narices, que era la pena de los que propagaban falsedades contrarias al bien público. Así terminaron los males de la guerra, que de otro modo hubieran sido inevitables.

ESPEDICION CONTRA ATLIXCO Y OTROS PUEBLOS.

Harto diferente fué la suerte de los Atlix-

queses, que se habian rebelado contra la corona; pues fueron derrotados por los Mexicanos, que les hicieron un gran número de prisioneros. Ocurrió esto el mes de febrero de 1506, cuando por haber terminado el siglo, se celebraba la fiesta de la renovacion del fuego, con mucho más aparato y solemnidad, que en tiempo de Moteuczoma I, y en los otros años seculares. Aquella fué la más magnífica, y la última que celebraron los Mexicanos. En ella fueron sacrificados muchos prisioneros, reservando otros para la dedicacion de Tzompantli, que, como despues diremos, era un edificio inmediato al templo mayor, donde se guardaban las calaveras de las víctimas.

PRESAGIOS DE LA GUERRA DE LOS ESPAÑOLES.

Parece que no hubo guerra alguna en aquel año secular; pero en el de 1507, los Mexicanos hicieron una expedicion contra Tzolan y Mictlan, pueblos mixtecas, cuyos habitantes huyeron á los montes, sin dejar otras ventajas á los Mexicanos, que algunos prisioneros que hicieron de los pocos que se habian quedado en sus casas. De allí pasaron á subyugar á los de Cuauhquechollan, que se habian rebelado, en cuya ocasion ostentó su valor el príncipe Cuitlahuac, general del ejército. Murieron algunos valientes caudillos mexicanos; pero volvieron á imponer el yugo á los rebeldes, y les hicieron tres mil y doscientos prisioneros, que fueron sacrificados, parte en la fiesta de Tlacaxipehualiztli, que se hacia en el segundo mes mexicano, y parte en la dedicacion del santuario Zomolli, el cual, despues del ya mencionado incendio, habia sido magníficamente reconstruido.

El año siguiente salió el ejército real, compuesto de Mexicanos, Texcocanos y Tepanecas, contra la remota provincia de Amatlan. Al pasar por una altísima montaña, sobrevino una gran tempestad de nieve, que ocasionó terrible estrago en el ejército; pues los unos, que viajaban casi desnudos, y estaban acostumbrados á un clima suave, mu-

rieron de frio, y otros de la caída de los árboles que arrancaba el viento. Del resto de las tropas, que continuaron muy disminuidas su viaje, murió la mayor parte en las acciones.

Esta y otras calamidades, unidas á la aparicion de un cometa, pusieron en gran consternacion á aquellos pueblos. Moteuczoma, que era demasiado supersticioso para ver con indiferencia aquel fenómeno, consultó á los astrólogos; y no habiendo podido estos darle una respuesta satisfactoria, hizo la misma pregunta al rey de Acolhuacan, que era muy dado á la astrología y á la adivinacion. Estos reyes, aunque parientes, y perpetuamente aliados, no vivian en muy buena armonía, desde que el de Acolhuacan habia mandado dar muerte á su hijo Huexotzincatzin, sin dar oídos á los ruegos de Moteuczoma, que como tío de este príncipe, habia implorado su perdon. Habia ya mucho tiempo que no se trataban con la frecuencia y confianza que ántes; pero en aquella época, el vano terror que se apoderó del ánimo de Moteuczoma, lo escitó á valerse del saber de Nezahualpilli: así que, le rogó que pasase á México, para tratar de aquel asunto, que á uno y otro era tan interesante. Condescendió con sus ruegos el rey de Acolhuacan; y despues de haber discurrido largo tiempo con Moteuczoma, fué de opinion, segun dicen los historiadores, que el cometa anunciaba las futuras desgracias de aquel reino, de resultas de la llegada de gentes estrañas. Pero no agradando tampoco esta interpretacion á Moteuczoma, Nezahualpilli lo desafió á jugar al balon, que era diversion muy comun entre aquellas gentes, y aun entre los mismos monarcas: además, convinieron en que si el rey de México ganaba, el de Acolhuacan renunciaria á su interpretacion, y la creeria falsa; y si ganaba este, aquel la adoptaria como verdadera. Insensatez verdaderamente ridícula de aquellos hombres, como si el éxito de una prediccion dependiese de la destreza del jugador ó de la suerte del juego; pero menos pernicioso que la de los antiguos europeos, que ha-

cian depender de la barbarie del duelo, y de la incertidumbre de las armas, el honor, la inocencia y la verdad. Quedó Nezahualpilli vencedor en el juego, y desconsolado Moteuczoma por la pérdida, y por la confirmacion de tan triste vaticinio. Sin embargo, quiso tomar otras medidas, esperando hallar una esplicacion más favorable, que contrapesase la del rey de Acolhuacan. Hizo, pues, consultar á un famosísimo astrólogo muy versado en las supersticiones de la adivinacion, con las que habia adquirido tanta celebridad y tanto influjo, que sin salir de su casa daba respuestas como un oráculo á los potentados y á los reyes. Este hombre, sabiendo lo que habia ocurrido entre los dos monarcas, en lugar de dar una respuesta favorable á su soberano, ó equívoca á lo ménos, como hacen comunmente los que viven de semejantes patrañas, confirmó plenamente los funestos anuncios del rey de Acolhuacan; con lo que se indignó de tal manera Moteuczoma, que en recompensa mandó destruir la casa del pobre astrólogo, quedando él sepultado en las ruinas.

Estos y otros vaticinios de la ruina de aquel imperio, se ven en las pinturas mexicanas y en las obras de los españoles. Estoy muy léjos de pensar que todo lo que hallamos escrito sobre este asunto, sea digno de crédito; pero tampoco puedo dudar de las tradiciones que existian entre los Mexicanos, acerca de la próxima ruina de aquel imperio, de resultas de la venida de gentes estrañas, que se apoderarian de toda la tierra. No ha habido en todo el país de Anáhuac una sola nacion, culta ó inculta, que no haya admitido aquella creencia, como lo prueban las tradiciones verbales de las unas, y las historias de las otras. Es imposible adivinar el primer origen de una opinion tan general; pero desde que en los siglos XV y XVI, los navegantes, ayudados por la invencion de la brújula, empezaron á perder el miedo á la alta mar, y los europeos, estimulados por la ambicion y por la sed insaciable del oro, se habian familiarizado con los peligros del Océano, aquel maligno espíritu,